

# ENTORNO

## “Los promotores inmobiliarios han sido mezquinos en su visión urbana”

**LUIS FERNÁNDEZ-GALIANO, CATEDRÁTICO DE ARQUITECTURA** / La bonanza económica ha impulsado la creación de edificios iconos y ha eclipsado el concepto de arquitectura como arte útil y de servicio a las personas.

Ángeles Gómez. Madrid

Hace tres años que la crisis económica nos despertó de un sueño de lujo y abundancia, que en España, como en ningún otro país, se fraguó a golpe de ladrillo y cemento. Testimonio de esos tiempos son algunas creaciones arquitectónicas emblemáticas, como la Ciudad de las Artes de Valencia, “un tipo de proyecto que no deberíamos abordar ahora por ser demasiado costoso y volcado en asociar la imagen de una ciudad con unas determinadas formas arquitectónicas”, sostiene Luis Fernández-Galiano, catedrático de Arquitectura de la Universidad Politécnica de Madrid.

Los medios de comunicación se hacen eco “de los edificios emblemáticos, de los Guggenheim del mundo, pero junto a ellos hay mucha arquitectura humilde, hecha con responsabilidad y que hace nuestra vida y nuestras ciudades mejores”. Fernández-Galiano reivindica esa arquitectura de servicio, un valor en auge “sobre todo por la crisis económica y climática, por la conciencia de que la fiesta se ha terminado, de que ese

gran carnaval de gasto, exceso y despilfarro tiene que dar lugar a una arquitectura con otros valores, menos amante del espectáculo y más amante del servicio”.

El catedrático asegura que la arquitectura española está muy reconocida en el exterior, y “lo que le ha dado prestigio han sido las obras de promoción pública, como son la red de auditorios, de museos, la vivienda pública promovida. Todas las administraciones (central, autonómica y municipal) se han contagiado del deseo de generar arquitectura de calidad”. Bien distinta es la opinión que tiene de la iniciativa privada: “Nuestros promotores inmobiliarios han sido mezquinos en su visión urbana y arquitectónica, y el ladrillo ha pasado a ser casi sinónimo de la degradación de las ciudades y las costas”, sostiene.

### Conciencia verde

Pero el panorama está cambiando y “la conciencia de que hay que construir de otra manera, con sensibilidad hacia el entorno, está calando. Alemania lo está haciendo de forma decidida, y esta actitud está



El catedrático de Arquitectura Luis Fernández-Galiano.

### “El gran carnaval de exceso y despilfarro debe dar paso a una arquitectura más amante del servicio”

permeando en otros lugares”. Fernández-Galiano subraya que “en el terreno del urbanismo, el gran enemigo es la dispersión, este crecimiento en *mancha de aceite* que obliga a llegar a todos los sitios en

### “El ladrillo ha pasado a ser sinónimo de degradación de las ciudades y de las costas”

coche”. Este experto elogia la calidad de las infraestructuras y el impulso dado a la red ferroviaria en España, “lo que tendríamos que aprovechar para hacernos más independientes del coche”. Desde esta óptica, “las ciudades compactas –con edificaciones tradicionales, de una altura máxima de siete plantas– son un invento extraordinario, y las más ecológicas. La ciudad jardín es la menos verde de todas”.

Esta tendencia ya se ha materializado en las ciudades ecológicas que grandes arquitectos están construyendo en la periferia de Shangai o en Abu Dabi. “La arquitectura más avanzada está volviendo a la más tradicional como forma de aprovechar mejor los recursos y de abaratar costes”.

El catedrático insiste en que “en arquitectura, el gran enemigo es el espectáculo. Tenemos que hacer una arquitectura más humilde y me-

### Arquitectura: más por menos

Economistas, como el ex ministro Carlos Solchaga; políticos, como Isabel Tocino; sindicalistas, como José María Fidalgo o profesionales, como Luis Fernández-Galiano, forman parte la Fundación Arquitectura y Sociedad, una plataforma que reivindica la bondad de las construcciones sencillas, al servicio de las personas; una arquitectura justa y eficiente, capaz de optimizar los recursos para lograr más calidad con menos coste. Estas son las premisas del Primer Congreso Internacional ‘Arquitectura: más por menos’, que reunirá en el Palacio de Congresos de Pamplona, entre los días 9, 10 y 11, a los premios Pritzker Renzo Piano, Jacques Herzog y Glenn Murcutt. Y junto a ellos, arquitectos de a pie, capaces de revolucionar sus ciudades, entre los que figuran el chileno Alejandro Aravena, que está reconstruyendo 500 kilómetros de costa destruida por el terremoto de hace unos meses; Diébédo Francis Kéré, de Burkina Faso, o el indio Rahul Mehrotra. “El mensaje es que la arquitectura es un arte útil”, afirma Fernández-Galiano.

nos espectacular”. En su opinión, “el recurso más importante de la arquitectura no es el dinero ni el reconocimiento, sino el talento, que es lo que multiplica por diez el valor de las cosas que se hacen”.

## El camino hacia la extrema sencillez

### OPINIÓN

José María Fidalgo

Me ha parecido muy sugerente lo afirmado por K. Sejima, cuando hablando de su visión sobre su obra arquitectónica, dice “camino hacia la extrema sencillez”.

El 17 de mayo, en la isla de Ellis, Kayuko Sejima y Ryue Nishizawa, (estudio Sanaa) han recibido el Premio Pritzker de arquitectura.

La sensación de fin de ciclo está muy extendida. En todos los campos. Parece que ha terminado una época de riqueza, exuberancia y confianza y, de ahora en adelante, las cosas van a ser otras o ser de otra manera. Todo lo hecho, todo lo ocurrido está siendo deglutido, rumiado, digerido, regurgitado y analizado, porque el futuro se suele dibujar rescatando trozos del pasado para componer un nuevo modo de estar.

Las crisis son un cruce funesto de una inflación de expectativas y un déficit de valores (recursos). En 1973 lo leí en un texto de Habermas. Las crisis son, todas, consecuencias de la olvidada condición humana y por eso son recurrentes, y la narrativa se compone de capítulos que llamamos ciclos, pero provocados por la esencia de la condición humana, los “animal spirits” de

los que oyó hablar Keynes y a los que Akerlof y Shiller han traído a colación para justificar los errores cometidos por los fieles a los modelos estocásticos y a la teoría económica de la sabiduría y eficiencia de los mercados. Fin de ciclo, pues, y no sólo aquí.

Las crisis producen mucha chatarra. No sólo por el abandono de instalaciones fabriles sino por la expulsión de capital humano hacia los arrabales del sistema. La chatarra humana es dolor y despilfarro. Es chatarra pensante y sufre, a la que se le ha oscurecido el horizonte. Y sin horizonte, el individuo muere. Porque es un permanente buscador de horizontes y por eso es capaz de construir el futuro.

Aquí, la burbuja inmobiliaria ha dejado familias endeudadas, empresas cerradas o endeudadas, trabajadores en el desempleo, proyectos sin terminar, mesas con papeles a medio rematar, estudios cerrados y muchos vigorosos jóvenes arquitectos cabales o arquitectos en ciernes estuporosos por la ruidosa caída del tinglado donde habían proyectado un futuro anhelado.

Los más empeñados habrán comenzado a dibujar la nueva senda. Habrán mirado a los maestros que se habían aventurado a dibujar con otros colores y otra perspectiva más esencial y radical que la mayoría.

La crisis es un ajuste del precio al valor, y el ajuste es inevitable. Es, en cierto modo, la vuelta

al inicio: para el arquitecto, dar más por menos y recuperar para su obra el carácter de cobijo imprescindible de lo humano, de inclusión en un entorno natural que debe poder sobrevivir y soportar la firma del autor, lo que toda obra tiene de autoafirmación del arquitecto, rescatar los materiales nobles por humildes y mostrar la serena y amable belleza de lo común y esperable.

En cuanto a la relación de la arquitectura y el medio natural, “la construcción ejerce siempre violencia sobre el territorio, y sus procesos tienen un componente de irreversibilidad termodinámica que debe obligar a emplear con cautela la profusa panoplia léxica asociada a la sostenibilidad bienpensante... Sin embargo, ese pesimismo termodinámico no debería impedir, en ningún caso, el esfuerzo por usar de manera más económica y racional los siempre escasos recursos materiales y energéticos del planeta, al objeto de habitar de forma menos brutal y depredadora”. La heurística del miedo, esgrimida por H. Jonas como “ética de la responsabilidad”, no debe conducirnos a la parálisis inoperante de la que nos habla mi sabio amigo Luis Fernández-Galiano, autor del texto antes entrecuñado.

Sabiendo que “lo sostenible” debe serlo para la naturaleza, para la economía y para la sociedad, los jóvenes arquitectos deberán volver a bajar al ágora a escuchar no sólo la voz del vendedor, sino la del que quiere comprar y sopesa su

bolsa, la del que predica la ruina y la de los que miran por dónde seguir caminando, la voz del sofista y la del demagogo y, con estas voces en su corazón, irá a su mesa a trabajar.

Sin escuchar no se puede hablar, y sin hablar con los otros no se puede entender, y sin entender no hay sitio para la obra ni para el autor. La gente del ágora cambia, como dijo Heráclito al diferenciar el río del agua que le hace río. Seguirá habiendo río mientras corra el agua, pero el que mira al río debe entender que no volverá a ver el agua que antes vio.

Es tan importante el oficio del arquitecto, que de su saber y entender depende la polis, que es la organización de la vida a escala humana, el cobijo de los mortales, el espacio de socialización, el ámbito en que deben suturarse las escisiones del yo (trabajador, miembro de una comunidad, *homo luden*) que le postergan en el posmoderno estado de desasosiego.

Es tan importante este oficio, que debe saberse imprescindible para la constante reconstrucción de la condición humana y, por ello, la sociedad civilizada debe ayudar al arquitecto, hablar y pedirle que escuche, y más ahora, las voces que le animan a recorrer en esta encrucijada crítica “el camino hacia la extrema sencillez” no sólo por necesidad económica, sino por un mandato ético, y que construya así el icono del siglo XXI.

Ex secretario general de CCOO